

“FILOSOFÍA DE UNA AMISTAD”

-No entiendo. No entiendo.

-A ver. ¿Qué no entiendes exactamente?

Así solían comenzar nuestras conversaciones. Mi confidente, y al mismo tiempo amiga, y yo podíamos pasar horas hablando. Teníamos tantas cosas que decirnos...Además, doy fe de que encontraba en esas conversaciones un componente imprescindible de mi vida. Hablábamos y hablábamos. Los temas que tratar eran inagotables: Sociedad, libros, cultura, música, religión, y un largo etcétera. No teníamos jamás un rato de silencio. Pero cuando los había seguíamos comunicándonos mediante una cómplice mirada.

Paseábamos tranquilamente por una calle de adoquines fríos y mojados por una llovizna otoñal. Caminando sin rumbo fijo, manteníamos un intercambio de ideas con la sinceridad que caracteriza a las amistades profundas.

-Pues no entiendo nada. Absolutamente nada.

-Bueno, no solemos entender a nadie nunca.

-¿Somos tan diferentes al resto del mundo como para no entender su comportamiento?

-Realmente la cuestión es difícil de responder.- Tomé aire y seguí hablando- Por una parte queremos ser parte de u todo, pero no podemos evitar diferenciarnos.

-Entonces somos distintos a la mayoría y no queremos admitirlo.- sentenció.

-Admitámoslo, Ahora encontremos el porqué. ¿Por qué somos distintos?

El ser diferente en un entorno adolescente y juvenil entraña complicaciones. Para el adolescente corriente y moliente lo que más cuenta de una persona es fachada, su aspecto exterior. El cómo viste, el cómo se arregla o la belleza apreciable con los ojos que posea suelen ser determinantes en la vida social de una persona entre catorce y dieciocho años. Cada vez antes.

-¿Por dónde empezamos?- dijo ella con todo el peso de la expresión.

-Tenemos muchos aspectos que tratar, ¿no crees?

Estábamos parados en medio de una calle, afortunadamente peatonal. Gracias a la luz que desprendía una farola cercana pude apreciar en sus ojos el torrente de pensamientos que se cruzaban por su mente. Algo así me sucedía a mí también. Creo que ambos, con la mirada, lo adivinamos.

Una leve sonrisa y un suspiro me dieron la señal para proseguir la conversación:

-Hablemos de nuestra concepción de las personas.- dije recordando mi fugaz reflexión anterior- La belleza interior y exterior.

-Desde luego coincidimos en eso. Sin duda lo que es más importante en un individuo es su forma de pensar y actuar.

Conocí su opinión, al igual que ella conocía la mía. Eran prácticamente idénticas. Los buenos amigos hablan de todo y de nada. Son capaces de intercalar conversaciones simples y cotidianas con otras metafísicas sobre la existencia de Dios o las desigualdades sociales. Esa facilidad para comunicarse de manera sincera, confesárselo todo, tanto lo bueno como lo malo, y ser capaces de entenderse, es lo que hace de la amistad algo tan sumamente especial. Cuando hablamos puedo percibir esa confianza inequívoca. Ese aprecio y comprensión mutuas hacen de la amistad verdadera un pilar fundamental de la vida de toda persona.

-Sí, desde luego.- asentí decididamente.

-El problema es que no todo el mundo es capaz de entenderlo y aceptarlo.

-Es verdad. Totalmente cierto. Nuestros compañeros de instituto suponen un claro ejemplo.

Otra sonrisa alegre. Comenzamos de nuevo nuestro paseo, con paso tranquilo y desenfadado, siguiendo el rumbo marcado por las calles. Ante una conversación tan amena uno no se preocupa del itinerario a seguir, sino de aportar algo interesante a la charla.

Llegamos a un espacio más abierto. Un aplaza, para más señas. En esa plaza mayor, tan típicamente rural, proliferan los soportales bajo las casas, que aguantan dignamente el paso de los años. Se podía ver a grupos de jovencuelos que ocupaban el tiempo en los bancos resguardados bajo los soportales.

Al cruzar la plaza observamos que en uno de aquellos bancos se encontraba un grupo de chicas y chicos que conocíamos del instituto.

-Míralos. Allí, sin decirse nada. Y cuando más, banalidades. Inmóviles totalmente.- añadió con desprecio.

-Bueno, ya los conoces. Tampoco tienen mucho de qué hablar. ¿Ves? Todos esos piensan igual, y por eso son amigos.

-Sí, pero yo no les veo vínculos. No sé. El pensar igual (o ser capaces de entenderse) es muy importante, pero qué menos que un poquito de conversación.

Sus comentarios me hicieron reflexionar. Tal vez tenga más mérito el ser capaz de comprender a otra persona, por distinta que sea. El ser muy parecidos en la forma de pensar es extrañísimo. Supongo que nosotros constituimos un caso muy particular. Es una verdadera suerte encontrar a alguien con quien se tenga tanta afinidad. Sin embargo, como esto no suele darse es necesaria una tolerancia absoluta. Cuando dos personas piensan o actúan de maneras muy distintas se ha de encontrar un punto común. Un entendimiento mutuo es tan difícil de alcanzar como sublime. Cuando no existe ese entendimiento recíproco siempre cede la misma persona, lo cual es de todo punto injusto. Si esa persona en cuestión carece de paciencia, la amistad, a la postre, se acabará rompiendo. Una vez compuesta mi idea retomé el tema:

-¿Sabes? Eso que dices tiene mucha lógica. Es cierto que una persona, con esfuerzo y algo de cariño (la dosis depende de personas) puede llegar a entender a otra, e incluso cambiar por ella.

-Lo de cambiar...Una persona no puede hacer cambiar a otra. Es uno mismo el que tiene que darse cuenta de sus defectos, y en consecuencia, erradicarlos.

-Sí, totalmente de acuerdo.

Lógica aplastante. Coincidimos. La escena se me antojaba cervantina: los dos filosofando mano a mano e incansables al estilo de Cipión y Berganza. En nuestras múltiples conversaciones podíamos llegar a conclusiones más que interesantes.

-¡Oye tú! Vamos a volver al tema de aquellos. ¿Te das cuenta? Es la imagen del adolescente actual. Yo, francamente, no creo en los tipos. Quiero creer que cada persona es distinta, pero es que lo que hace uno hacen los demás. La realidad es esta: Si un determinado grupo de jóvenes empieza a vestir de manera peculiar, los demás adolescentes empiezan a imitarlos. Esto demuestra que los jóvenes compartir el mundo no tienen personalidad. Se limitan a revestirse con aquello que ven y no se crean un criterio propio, sin atisbo de plagios. No tienen ninguna voluntad.- dijo mi confidente de un tirón, con una rapidez de exposición asombrosa.

-Se parecen bastante- Yo, por discrepar un poco, creo que los tipos sirven para clasificar a las personas en base a algo.- hice un breve pausa y seguí- Esos de ahí se divierten yendo de botellón, y

cosas peores, que están tan de moda. Se vanaglorian de fracasar en sus estudios. ¿Y qué importa? Son personas populares, con carisma. En mi opinión no son muy deseables, pero claro está, nosotros somos distintos.

-Tenemos que seguir con este tema.- recordó ella- Vamos a ver qué sacamos en claro.

Al pasar por el lado de dichos conocidos nos saludamos fríamente y por obligación. Nuestra relación no era realmente muy buena. Los considerábamos claramente hipócritas, puesto que ahora nos saludan y luego nos critican...¿Por ser distintos? Tal vez.

-Sigamos hablando. Veamos. ¿Por qué somos distintos? Bueno, sabemos que nuestra visión de las cosas es muy diferente.

-¿Pero no es normal nuestra forma de pensar? ¿No es más lógica? -cuestionó mi compañera a medio camino entre la duda y la indignación.- Una persona de quince años no puede, ni debe, hacer cosas de más edad. No puede quemar etapas.

-Comparto tu análisis e indignación.

-No bebemos. No fumamos...Por eso digo yo que es más lógico nuestro modo de ver la vida. Más acorde con la salud, tal vez. ¡Más maduro!

-Maduros, sensatos...¿y desfasados? Somos algo así como el sector conservador de la juventud.

-¿Es eso malo?.- preguntó de forma retórica.

-Al contrario. Es lo correcto. Mientras algo nos parezca correcto ¡hagámoslo!

Con mi exclamación hubo un momento de silencio. Se giró y nos miramos. Al punto, pude ver en sus ojos, más color miel que grises verdosos a cierta luz, la belleza y la profundidad de su espíritu. Un alma bella. Ella no cree en el alma, piensa que el ser humano lo forman el cuerpo y la mente. A pesar de todo, ¿cómo si no iba a poder expresar lo que estaba viendo en sus ojos?

-No sé. No sé.- dijo meditabunda.

-No entiendes. No entiendes.

-No entiendo. No entiendo.

El "no entiendo " de mi amiga era característico de nuestras conversaciones. Es curioso, pero los grupos de amigos, a base del trato y los sucesos propios de la intrahistoria del grupo van confeccionando una jerga. La jerga descrita contiene una serie de frases hechas, apodos, y otras veces calificativos peyorativos dedicados a sujetos especialmente molestos. Nuestro grupo, aunque no muy numeroso, tenía su propia jerga.

- ¿Para dónde vamos?- dije
- Yo creo que ya es hora de volver a casa.
- Sí, ya va siendo hora.
- Venga, vámonos.

Seguimos con nuestro camino a la vez que con nuestra diatriba. El tema podía durar muchísimo tiempo. Teníamos conversación eterna. Al pasar por delante de una librería nos traspasó la imperiosa necesidad de mirar los libros expuestos. Allí estaban. Magníficos, con lujosas encuadernaciones. Olor a papel nuevo. Aroma de cultura. Elementos imprescindibles para el ejercicio cerebral.

-Mira. Bécquer.

Había un edición de "Rimas y Leyendas" de Bécquer esperando a que alguien la rescatara de la vorágine de exhibicionismo y publicidad que es un escaparate. Era su poeta favorito. Discutíamos a menudo sobre poesía: ¿Bécquer o Quevedo?

- Parece que Quevedo no está expuesto.
- Seguramente ya se hayan peleado por comprarlo.

Bromeábamos muy frecuentemente. Siempre que podíamos nos reíamos de nosotros mismos. Nunca, bajo ningún concepto nos ofendíamos. Aceptábamos toda burla, dado el alto grado de confianza del que hacíamos gala.

-Cambio radical.- Ella solía cambiar de tema con muchísima facilidad y sin previo aviso. A veces, parece tener abiertas varias ventanas al mismo tiempo, como en un ordenador.- ¿Entonces, somos distintos? ¿Somos raros?

_Claramente, sí.- añadí mientras recorríamos el camino hacia su casa, más cercana a cada palabra.- De todos modos no es nada malo. Tal vez nos discriminen un poco. Bien mirado, a mí ya me discriminan. A ti, afortunadamente, no. Tú tienes una fachada estupenda, pero mira yo qué pintas.

-Para mí es importante el aspecto físico, pero no definitivo. No voy a tratar mejor o peor a una persona en función de su exterior. Una persona cuidada es más fácil de mirar. De todos modos, no soy, bien lo sabes, como esos típicos adolescentes, que creen que todo es fachada. Hablando de esa gente, ¿has visto cómo hablan? ¡Vaya patadas le dan al diccionario!

Éramos personas preocupadas por el buen uso de la lengua, y en multitud de ocasiones, aún a riesgo de parecer pedantes,

poníamos el dardo en la palabra. Nos corregíamos el uno al otro, en igual número de veces.

-Somos raros, definitivamente.

-Parece que lo somos. Bueno, no. De momento. Sentarán la cabeza.- dijo ella creyendo en su esperanza. Parecía no admitirlo del todo.

-Esperemos.- respondí.

-Sí, hombre, sí.-hizo un gesto afirmativo con la cabeza.-Ya lo verás. Madurarán.

-Soy escéptico, pero te creo. ¡Vaya futuro si no lo hacen!

-Luego otra: ¡Son irrespetuosos! Son muy irrespetuosos.- exclamó tras abrir otra ventana.- El otro día vi cómo un niño de dos o tres años le pagaba a su padre por la calle. ¡Y los padres riéndose!.- no cabía en su exasperación.- ¡Vaya sociedad!

Ya habíamos llegado a su casa, y tras hablar un buen rato en su portal, sacó las llaves y dijo:

-Bueno, me subo, que tengo los pies helados. Mañana nos vemos.

-Hasta mañana.

Cuando me disponía a cerrar la puerta se volvió y me aclaró algo como si la quemase por dentro:

-Me niego a creer que somos raros. ¡Ellos son los raros! ¡Se darán cuenta, lo sé! Mañana nos vemos.

La vi desaparecer entre la oscuridad del habitáculo. Doblé la esquina pensativo. Ahora me dirigía hacia mi casa, feliz, dichoso por haberla conocido. En su compañía todas las horas del día son únicas. Sin embargo, a su lado, el tiempo parece no transcurrir.

Como yo, otras muchas personas, sentirán la emoción de saborear las verdaderas y gratificantes amistades!

¡Que esto sirva como un testimonio fiel y verídico de la amistad y retrato apasionado de las dulces mieles que se saborean en compañía de un amigo verdad

Autor: Iván Moyano García, ESO, 4º C

Premio 1º de la Categoría B del Concurso Cervantes 2005